

La esposa y la niñera

CATALINA URIBE



ESTA SEMANA SE HIZO FAMOSO EL video del profesor Robert Kelly, quien es interrumpido por sus hijos en plena entrevista. Las imágenes muestran a Kelly mirando fijamente a la cámara mientras discute la destitución de la presidenta de Corea del Sur. De repente, la hija entra moviendo las manos alegremente mientras que Kelly, nervioso, trata de contenerla con su mano. Segundos más tarde entra un bebé en un caminador seguido de su espo-

sa, quien frenéticamente saca a los niños de la habitación.

La forma en la que Kelly sigue mirando a la cámara mientras espera a que su esposa se encargue de la irrupción de los niños generó polémica. Inmediatamente en los comentarios del video se inició un debate sobre el rol de la mujer en el hogar o, mejor, sobre la mujer y el sesgo a ser vista solo como parte del hogar. Al tiempo, vino la discusión de raza y clase. Como Kelly es un hombre blanco con rasgos caucásicos y la mujer que entró corriendo tenía rasgos asiáticos, miles de internautas asumieron que ella era la niñera. Después se confirmaría que quien entró es Jung-a Kim, esposa del profesor. La discusión se volvió tendencia en Twitter con el hashtag #NotTheNanny (#NoEsLaNiñera).

Este video, en principio sobre política, terminó siendo una representación de la vida doméstica. Además de la mutación de géneros, este incidente nos ha permitido ver cómo la inmediatez de lo digital ofrece etnografías instantáneas y globales. En cuestión de días, tenemos un rastreo increíblemente detallado de nuestros prejuicios de raza, clase y género, junto con reflexiones clarificadoras sobre lo que hubiera pasado si la entrevistada hubiera sido una profesora mujer. Pero, sobre todo, y lo más angustiante, es que nos da risa. Una risa que no resulta sólo por lo inesperado, sino por la representación de algo que sabemos cierto. Es la sonrisa cómplice de que, pese a nuestros esfuerzos, las audiencias seguimos atrapadas en una sesgada manera de ver.

Guerra

JOSÉ FERNANDO ISAZA



A MEDIDA QUE SE CONSOLIDA EL proceso de paz con las Farc, aumenta el volumen de las voces de quienes quieren seguir apostando por la guerra e impedir que el país pueda tener la opción de vivir sin una guerra de guerrillas.

Se critica que las Farc esperen tener seguridad jurídica, que se respetaran los acuerdos, antes de proceder a la dejación total de las armas. Armas que están silenciadas desde el inicio del cese unilateral del fuego. ¿Qué pensará un guerrillero desmovilizado, antes de dejar su arma, cuando oye a dirigentes políticos decir que si llegan al poder modificarán el acuerdo? Es obvio que pedirán la seguridad jurídica de que se respetará lo firmado.

Un nuevo obstáculo surge: los enemigos del proceso de paz le atribuyen completamente a este el aumento del área sembrada con hoja de coca, aduciendo que la prohibición de la fumigación aérea fue una exigencia solo de la guerrilla. Se olvida que, con el criterio del principio de precaución, las autoridades de salud pidieron la suspensión de la fumigación aérea por los altos riesgos para la salud de los habitantes. El método de fumigación por aspersión aérea además de costoso es ineficiente. Las cifras son sencillas: el mercado requiere 650 toneladas anuales de cocaína, de estas, 600 se dirigen a EE.UU.; teniendo en cuenta las incautaciones, se requiere una producción 1.000 toneladas, las áreas de cultivo se distribuyen en Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador; si baja en un país, sube en el otro. Políticas que busquen disminuir el consumo, o concentrar su acción en la destrucción de los laboratorios y en el desmantelamiento de las redes de distribución en los países consumidores, son más eficientes y hacen menos daño a las personas y al ambiente.

El senador Uribe ha sido reiterativo en el sentido de que si su partido gana el poder en las próximas elecciones, procederá a modificar lo pactado con las Farc. Podría pensarse que hace estas declaraciones por interés electoral. En realidad no, lo hace porque ama la guerra y parece incapaz de vivir y dejar vivir en paz a un país.

Una reciente declaración en Telesur del jefe paramilitar alias *Alberto Sierra*, detenido por ser el autor de varias masacres, caracteriza al senador Uribe como un hombre de guerra. Es muy elogioso del carácter de quien llama "comandante integral", en varias referencias lo describe como "nuestro referente", reconoce que ayudó a financiar su primera campaña presidencial con \$270 millones recaudados en La Pintada. El jefe paramilitar dice que su organización ayudó a miembros del Ejército en la ejecución de los crímenes denominados "falsos positivos" como una forma de presentarle resultados al entonces presidente. Afirma que Uribe apoyó la creación de estructuras paramilitares.

Retomando un tema de actualidad, alias *Alberto Sierra* aconseja a los guerrilleros del las Farc y del Eln que no se desarmen, pues Uribe con su espíritu guerrero hará lo posible por combatirlos con armas, aun si están desarmados.

Por supuesto que las declaraciones de un delincuente como es el paramilitar *Sierra* hay que tomarlas con beneficio de inventario, pero si este quiere obtener reducción de penas, sus afirmaciones no pueden alejarse totalmente de la verdad.

La sociedad debe exigir que se le permita apostar por la paz. La historia también reconocerá los aportes que para lograrla hicieron en su momento los gobiernos que precedieron al actual, así hoy Pastrana y Uribe se opongan a su implementación.

Osuna



Fue a sus espaldas

Un grito por el Chocó

YOLANDA RUIZ



AUNQUE LA CONSTITUCIÓN CONSIGNA que todos somos iguales, en Colombia hay ciudadanos de primera, de segunda, de tercera y más allá. Es evidente, pero de vez en cuando toca repetirlo y gritarlo. No importa cuántos intentos se hagan para sacarla de la crisis permanente, la región Pacífica, especialmente el departamento del Chocó, es un territorio aparte, como si llegar allí fuera entrar en otra dimensión. Porque si esa región fuera parte de este país, hoy estaríamos volcados todos hacia allá para tratar de resolver la crisis humanitaria que vuelve a sacudir un territorio en donde la miseria y el miedo se quedaron a vivir desde hace tiempo.

Si las 1.700 personas que viven hoy desplazadas o confinadas por cuenta de un fuego cruzado estuvieran en el centro de Bogotá, tal vez ya se hubiera encontrado una salida. Pero es el Chocó, es tierra de nadie, es tierra de olvido, de inmensas riquezas y miseria eterna. Un pedazo de paraíso que estamos destruyendo.

Dice el ministro del Interior, para responder a la crisis humanitaria de hoy y a la con-

vocatoria de una nueva protesta hace un par de días en la región, que ningún gobierno había invertido tanto en el Chocó. Puede ser cierto, pero no es suficiente porque lo hecho en décadas es poco y aunque se multiplique, la deuda sigue siendo histórica. Pero no repasemos todos los problemas de la región porque para qué hablar del atraso, de las vías que son una vergüenza o que no existen, del agua que no llega, de la criminal tala de árboles, de los ríos contaminados con mercurio por extraer un pedazo de oro manchado de muerte. No quiero repasar lo que se sabe y se mira con indiferencia. Me detengo en lo de hoy.

Desde noviembre del año pasado se advirtió en la zona de Baudó y Bajo Atrato sobre la presencia de hombres armados (no le pongamos nombre para no entrar en el debate sobre si los paras existen o no porque para la gente allá eso es lo de menos). Se dijo que pusieron retenes, que empezaron a cobrar vacunas, fletes por la comida y la gasolina, que pintaron las casas, que amenazaron a la gente. Se los veía patrullar por ahí con sus armas, dijeron que se iban a quedar. Es una historia que conocemos, hay una sensación de *déjà vu*. Esto ya lo vivimos.

Desde la región se lanzaron las alertas, pero como los gritos que vienen del Pacífico se pierden siempre en la cordillera, pocos escucharon, entendieron y atendieron. El Estado

se demora y el que responde a los armados es otro grupo armado! Y la gente, como siempre, en la mitad.

Lo que tenemos hoy son 500 personas desplazadas de sus casas y unas 1.200 más que tienen su pueblo por cárcel porque no se pueden mover en medio de dos grupos armados que se disputan el territorio. Y mientras esto pasa y los desplazados llegan a unas poblaciones que ya están saturadas con sus propias tristezas y no dan abasto para atender a los que llegan, esta historia no logra colarse en los titulares principales copados —no es para menos— por los escándalos de corrupción.

Si algún día lográramos entender que lo humanitario está por encima de todo debate y que la población civil merece respeto en cualquier caso, otra sería la historia. Si las cifras de las víctimas dejaran de ser un botín para agredir o ganar puntos en las batallas políticas de pronto podríamos atender más fácil la crisis.

Si miráramos a los colombianos del Chocó como seres humanos iguales, todo sería distinto. Porque cuando no los ignoramos los miramos con conmisericordia, como si lo que necesitaran las comunidades negras e indígenas fuera caridad. No, lo que reclaman es justicia, atención del Estado en igualdad. Pero eso por ahora es letra muerta en la Constitución.